

MAMI, ¿PUEDO SALIR ESTA NOCHE A MATAR? (Retrospectiva PsychoKiller)

Una de las situaciones más enervantes de mi vida es la que se produce día sí día no (con suerte) en la cola del supermercado. Yo, recién levantado, compro todos los días mi pack de 6 botellas de Bezoya y todo lo que mi santa madre me mande más, nunca una compra abundante, y a la hora de pagar llega el suplicio, el infierno doméstico: la cola del supermercado. Cajeras que no dan abasto y a pesar de eso no piden refuerzos, colas llenas de gente con carrito llenos como si fuesen a hacer frente a un invierno nuclear, marujas que tratan de colarse... y entonces lo pienso. Me gustaría matarlos a todos.

Extrapolad esta experiencia personal a la cola de la secretaría de la universidad, a los atascos, a las tortuosas sesiones de cine llenas de subnormales aulladores o las aglomeraciones en algún pub pachanguero de mala muerte donde te han embaucado para ir y el resultado es el mismo: a todo el mundo se le ha pasado alguna vez por la cabeza coger el objeto contundente que más a mano tenga y empezar a repartir mandobles hasta quedarse solo.

Por desgracia, del dicho al hecho en este caso hay un camino largo donde acabas en la cárcel sin pasar por otra casilla, pero siempre nos quedará pecar de pensamiento. Cada día que pasa creo que nuestro instinto de animal evolucionado es más fuerte que nuestra razón, y algunos lo hemos desarrollado hasta , en un acto de solipsismo naturista, conjugarlo a la perfección con esta y formar una especie de ente que sirva para liberar al uno en función del otro y viceversa. Ya que no podemos liarnos a matar a todo cristo, finjámoslo, pensémoslo, y que nos guste.

Buena parte de la fascinación por este género que nos da la vida viene desde este punto, y , no me cabe duda, que su sublimación es el subgénero del *slasher*, *body count* o *killer on the loose*; tan sólo diferentes formas de llamar a la plasmación de nuestra facultad de divertirnos viendo como despellejan a otros, quizás por miedo, quizás por gusto, allá cada cual con sus razones peregrinas. La fascinación que producen en nosotros las películas de este subgénero, de esquema tan simple, es proporcional a la tensión y repugnancia que provocarían en nuestra vida “real”, son las reglas del cine (o su falta de ellas) las que convierten en divertimento lo que es inhumano y aberrante, dándole la vuelta a la tortilla.

El *slasher* responde a un esquema estructural bastante simple, aunque existan numerosas variantes: un asesino, por razones a veces esperpénticas (aquí entran en juego las variables) se dedica a masacrar uno por uno o en momentos de desmelene en mayor número o proporción a los incautos más cercanos a él o sus dominios. La gracia está en que un esqueleto formal como este funcione, y vaya si lo hace, en función de lo mostrado o sugerido. No nos engañemos , y volvamos al principio: a todos nos gustaría hacerlo. Aunque lo neguemos.

Los padres del invento

Aunque la época dorada del *slasher* ha sido la década de los 80 del pasado siglo, coincidiendo con la expansión de la cultura del psychokiller y la adopción ya algo común del término, es a finales de los años 70 y principios de los 80 cuando nace, con todas las de la ley, nuestro género.

Sin embargo, y me resisto a dejarlo de lado, podemos hablar de unos cuantos films

pretéritos que , según mi criterio (cosa poco fiable) , pueden, o no, tener una influencia más que notable en los padres putativos de la criatura. Una cosa debe quedar clara, dentro de este berenjenal voy a dejar de lado los *giallos* , más que nada para conservar mi malograda salud mental y porque si los incluyo el curro que se me vendría encima sería de proporciones mastodónticas y uno es muy vago, sin mencionar que, para hacerle honor, el *giallo* merece su propio lugar aparte. Así pues, aunque no entren inmediatamente en la idea que de un *slasher* cualquier aficionado se hace en la cabeza (y no nombro **Psicosis** porque he recibido amenazas de Garci), las deudas con películas como el clásico gore de Herschell Gordon Lewis **Blood Feast** , o la muy interesante **Deranged** están ahí. En la película de Lewis, Fuad Ramses, un loco con mirada digna de tripi continuo se dedica a masacrar a toda incauta que pulula por su restaurante egipcio para montar un altar a su diosa, mientras que **Deranged** es una estomacante (y no por su grafismo) versión de la vida y obra de Ed Gein, cortesía del dúo Allan Ormsby-Bob Clark, siendo el segundo, y metiéndonos ya en materia, quien podría casi apuntarse el mérito fundacional con **Black Christmas** , película considerada por muchos aficionados como de culto y por otros como un bodriete sobrevalorado, teniendo ambos un poco de razón, pero donde las constantes del *slasher* ya se muestran. En estos finales de los años 70 es cuando el germen *slasher* se incuba para acabar explotando e infectando las pantallas en los años 80, y como buenas muestras del festival setentero tenemos a **el asesino de la caja de herramientas** (*the toolbox murders* de Dennis Donnelly) , película de la que el amigo Tobee Hooper ha hecho algo parecido a un remake (o eso dicen) últimamente, y que en su versión primigenia cuenta las andanzas de un desviado con pasamontañas y caja de herramientas que asesina a las, algo zorras, vecinas de su bloque de apartamentos. La película no es ninguna maravilla, pero muestra ya ese tufillo misógino de pacotilla que recorrería el género y las piezas de la ecuación sangre + desnudos = x. Por su lado , **Alicia dulce Alicia** (de Alfred Sole, aka *Comunión*, aka *El rostro de la muerte* aka tropecientosmil títulos más) es harina de otro costal. Estatus de culto merecido para una película diferente, malvada y con cuchillazos que duelen al espectador, como el asesinato del obeso Alphonse DeNoble. Parte de su estatus se debe a que supuso el debut en cine de Brooke Shields, cosa que no entiendo, pues si la Shields fuese una superestrella del celuloide aún veo la relevancia pero llevando una carrera tan infame como la suya pues no me cuadra. A pesar de encuadrarse más dentro de la acepción del horror psicológico o del *survival horror* , a mi parecer también navega por los márgenes del bodycount la obra maestra de Tobe Hooper, **La matanza de Texas** o la extraña y para algunos fascinante **Trampa para turistas** . De hecho Hooper luego parió **Trampa mortal** , a su modo todo un ejemplo de lo que nos ocupa, magnífico ejemplo de la variante “paletos sureños cabreados”, como en la infame **Blood Stalkers** , cuya carátula española era una copia descarada de la de **El más allá** del gran Lucio Fulci.

Pero cuando de verdad el género comienza a configurarse y llega a un público más numeroso, antes del espaldarazo definitivo, es con esa joya llamada **La noche de Halloween**. En 1978, con esta película, John Carpenter sentó las bases del *slasher* más puro y mostró los recursos que nos harían reconocerlo; a saber: asesino de naturaleza sobrehumana , enmascarado, implacable, jóvenes con ganas de sexo y pocas luces como potenciales víctimas, planos subjetivos desde el punto de vista del asesino, sustos impactantes acompañados de bocinazo... siendo la única pena que la maestría en la creación de tensión y el envidiable manejo del suspense que tiene esta película no fuera una constante en su legión de hijas bastardas. La película de Carpenter convirtió en un icono a su psicópata, Michael Myers, y fue punto de partida de una saga que dura hasta hoy en día.

Rick Rosenthal se hizo cargo de la decente segunda parte, aumentando la cantidad de hemoglobina para adecuarla a los gustos del público y mostrando más carne desnuda por el mismo motivo (véase el asesinato de la enfermera de pechos perfectos), y si bien la peli no es ni de coña equiparable a la original, no está nada mal. **Halloween 3: el día de la bruja** (*Halloween 3: Season of the witch* de Tommy Lee Wallace) no tiene nada que ver con Myers y es un aceptable cuento macabro de hoguera de campamento, volviendo las andanzas del amigo Michael en la cuarta y quinta parte de la saga dirigidas respectivamente por Dwight H Little y Dominique Othenin Girard, y que no tienen más interés que ver como Michael se dedica a escabechinar a todo el que se cruza en su camino. Joe Chappelle, director que tuvo su minúscula gloria a mediados de los 90 (por suerte tras la aberrante *Phantoms* no se vuelve a saber nada de él) dirigió **Halloween 5: la maldición de Michael Myers**, donde la verdadera maldición caía sobre el pobre espectador del bodrio, y Jaime Lee Curtis, protagonista de la original, volvió a la saga para pagarse el chalet en la correcta **Halloween H20**, dirigida por un b movie man como Steve Miner y en la ridícula **Halloween Resurrection**, de Rick Rosenthal, que esta vez no acertó como en la segunda y consigue que lo único que tenga interés en la peli es ver al rapero Bustha Rhymes repartir galletas y hacer el panoli.

El éxito de **La noche de Halloween** iluminó una bombilla dentro de la cabeza de Sean S. Cunningham, uno de los factotums junto al carnicero de Wes Craven de la aburridísima pero salvaje **La última casa a la izquierda**, que leyendo muy bien los factores del éxito decidió explotarlos descaradamente: si la sangre y los desnudos vendían, él le daría al público sangre y desnudos. Apoyado en una campaña de publicidad masiva, Cunningham reventó los cines en 1981 con **Viernes 13**, película que a estas alturas no merece la pena ni que comente, pero en fin... unos alegres jovencitos deciden pasar unas semanas en el campamento de Cristal Lake, donde murió un niño ahogado años ha mientras sus monitores se daban el lote, y claro, al llegar, comienzan los misteriosos y sangrientos asesinatos. La sangre es la clave; lo que en el film de Carpenter era sugerido y moderado en **Viernes 13** se hace explícito cortesía de Tom Savini, que regala al espectador decapitaciones, hachazos en la cara, yugulares seccionadas, arponazos, estando ahí la gracia del film, ya que la dirección de Cunningham es rutinaria y el suspense mal sostenido en muchos momentos. **Viernes 13** es el punto álgido de los *slahers*, el título más imitado y/o parodiado y/o homenajeado y el responsable del boom ochentero, donde todo bicho viviente agarraba una cámara, un cuchillo, una máscara y salía a los bosques a montar un buen pollo. Por descontado, el éxito de **Viernes 13**, aparte de instaurar el susto sorpresa de final de película (con permiso de **Carrie**) generó una saga y parió a uno de los grandes mitos del cine de terror moderno: Jason Voorhes. Ausente en la primera película, el bueno de Jason toma las riendas de las matanzas a partir de la segunda entrega, dirigida por Steve Miner un año después que la original y que tiene su gracia, pero, y esto es una opinión totalmente subjetiva, nada comparado con la tercera entrega, una de mis favoritas, si no la que más, de toda la saga. La tercera parte, dirigida también por el mismo Steve Miner, estaba rodada en 3-D, lo que proporciona un nivel de situaciones idiotas y de planos estúpidos que rozan el dadaísmo. Añadamos que Jason se calza en esta entrega la máscara de hockey que le ha hecho famoso y que en ella encontramos uno de los asesinatos más cafres de toda la saga, el del figuritas (la subnormalidad de los chavales ya es proporcional al número de secuelas) que recorre andando con las manos el pasillo y al que Jason, comprensiblemente ante semejante imbécil, mete un machetazo que lo parte por la mitad. Después, nos vendieron el final de la

saga en una rapaz estrategia comercial, con **Viernes 13: capítulo final** , de Joseph Zito, otra de mis preferidas, sólo por la presencia de Corey Feldman, que en los 80 estaba en todos los fregaos habidos y por haber, y por el hiperbestia final, con Tom Savini dando rienda suelta a su magia gore y Jason clavándose progresivamente su propio cuchillo en la cara para acabar descuartizado. Explotando el final, llegaron más secuelas, una por año: **A new beginning** , aburridísima y poco sangrienta, **Jason Lives** , donde Voorhes le mete a un tipo dos bengalas encendidas por la boca, **The new blood** , muy mala, **Jason takes Manhattan**, un desmadre donde Jason resucita, se sube a un barco, mata hasta al timonel y acaba en Manhattan matando punkies (¡) y **Jason se va al infierno** , otro supuesto final donde se habla de Jason como un ser de ultratumba, por si había alguna duda. Por suerte la saga no acaba aquí, porque eso habría significado haberse perdido **Jason X** , dirigida por James Isaac, que se cubrió de gloria unos años antes con **House 3** , una auténtica juerga flamenca con Jason en el espacio , metalizado y ofreciendo al fan la mayor cafrada de todo su currículum: mete la cabeza de una chica en nitrógeno líquido, y una vez congelada la estampa contra una mesa, reventándola. El remate final llega con **Freddy vs Jason** , crossover entre los dos grandes matarifes del terror moderno (al señor Krueger lo dejamos voluntariamente de lado en este monográfico) dirigida por el *hong kong genius* Ronni Yu y que, tomada como lo que es, o sea una enorme coña marinera y un despiporre monumental, es inmensamente disfrutable. Además, la mejor escena de la película corre a cargo de nuestro querido Voorhees, que entra arreando mandobles en un maizal donde se celebra una rave acabando con los niñatos modernitos a lo bestia.

Los dorados años 80

He de advertir que tratar de abarcar todos los *slahers* que se hicieron en esta década es una tarea de locos, con lo que comentaré aquellas que por una razón peregrina me gusten más o considere más interesantes. Lo más fácil sería, siguiendo la estela de muchos energúmenos de la pluma fantástica española, fusilar las reseñas de otro libro yanqui y hacerlas pasar por mías o copiar en plan recorta-y-pega de cualquier publicación similar, pero por respeto al que tenga la paciencia de leer esto y un poco por vergüenza torera no pienso hacerlo, así que no estarán todas las que son ni serán todas las que están (¿ein?), pero intentaré nombrar las más simpáticas, curiosas y afortunadas desde mi dudoso criterio.

Como he dicho antes, los clones de **Viernes 13** surgieron por los cuatro costados, basándose en una mera repetición de la estructura “loco con hacha o machete importuna a jóvenes libidinosos”, de ahí títulos como **Sorority house massacre**, **Slumber party massacre** (y secuela) o **House on sorority row** (estas no las he visto, ¿se nota?) como ejemplos del aluvión, eso sí, me gustaría destacar **Campamento infernal** , no por la película en sí, que no es nada del otro jueves, sino por la inefable portada que muestra a un psicópata con la figura de Freddy Krueger, bate de béisbol amenazante y guante de cuchillas al estilo del matarife de Elm Street, en todo un ejemplo de desvergüenza y marketing fraudulento. Siento no poder aportar más datos, pero la carátula no muestra ni el año de producción (por el número de pelos cardados y las ropas yo diría que mitades de los ochenta) ni el nombre del director, pero ¿a quién le importa con esa portada?

Dentro del estatus de culto que tan arbitrariamente se otorga a algunas películas encontramos títulos como **Fundido a negro** (*Fade to black*, de Vernon Zimmerman) , que cuenta con una premisa argumental de los más original: el asesino utiliza métodos copiados de películas clásicas. Aparte del toque novedoso dentro de un panorama hartado del típico

asesino mata adolescentes, la peli de Zimmerman está bien acabada y los actores se tomaron el invento un poco en serio, lo que le confiere un punto por encima de la media. Con la que no estoy nada de acuerdo es con **Inocentada sangrienta** (*April fool's day*, de Fred Walton), donde unos chavales se van a la casa de uno de ellos situada en una isla y donde comienza el baile de cadáveres con la sospecha de que se trate de una broma pesada, desembocando en un nada es lo que parece, nada parece lo que es y tiro porque me toca que saca de sus casillas al espectador de semejante tontería, pues aunque la idea es aprovechable está totalmente desaprovechada por un desarrollo a base de golpes de efecto garrulos. **Prom night**, de Paul Lynch, cuenta a su favor con ofrecer un toque sobrenatural al potaje, y con las presencias de Leslie Nielsen y Jamie Lee Curtis, pero tiene el hándicap de que, aún siendo una película entretenida, su secuela **Hello Mary Lou** es bastante mejor, siendo una de las películas de ese estilo más divertidas de la década, con buenos sustos, puntos de humor y sangre en considerables cantidades. Un pequeño clásico. Por otro lado, Tobe Hooper, que por entonces aún estaba en forma, se sacó de la manga **La casa de los horrores** (*funhouse*), divertidísima película con entrañable asesino deforme que se dedica a aterrorizar a una panda de pánfilos que tienen la brillante idea de pasar la noche en la atracción de feria que da título al filme.

La gran mayoría de las películas que nos ocupan en este apartado poseen, bien por voluntariedad bien por ineptitud de sus responsables, un poso humorístico o liviano que hace que sus sustos y sangre sean inofensivas en tanto que son sinónimo de diversión. Pues bien, con **Maniac**, de William Lustig, se devolvía a la violencia al lugar que le corresponde por definición: atemorizante, desagradable y pese a todo fascinante. **Maniac** es una hostia en la cara de todos los *slashers* chiripitifláuticos, una visión incómoda, dura y muy sucia de la parte más (in)humana de los psicópatas ya no sólo cinematográficos. En la película de Lustig la violencia incomoda al espectador (espectaculares fx de Tom Savini), y el sexo, tratado en el resto de sus coetáneas con pulcritud, adquiere aquí un carácter tormentoso; fetichismo y locura se unen en una de las más duras y enfermas películas jamás rodadas, con una gigantesca interpretación de Joe Spinell.

Tratándose de los años 80 y con la más explícita violencia de por medio no podemos dejar de lado a un personaje que desde el lado de los buenos se ha cargado a más gente que Jason, Freddy y la santísima trinidad de psicópatas que nos vengan a la mente: Charles Bronson. En **Al filo de la medianoche** nuestro amigo Bronson deja de lado la limpieza étnica de chicanos, negros y punkies que con tanto gusto realizaba para enfrentarse a un psicópata dentro del más puro esquema del *body count*. El psicópata en cuestión, con serias desviaciones sexuales, se dedica a acuchillar a toda mujer de la que se encapricha y que al advertir que el colega está como una regadera lo rechaza, teniendo la curiosa costumbre de desnudarse para cometer sus crímenes, con lo que Bronson tendrá que aplicar su manual digno del fascio para acabar con sus acometidas. Junto a la habitual diversión que lo macarra del método Bronson proporciona siempre y la acojonante carga reaccionaria de la película es justo reconocer que a J. Lee Thompson le salió, fuese por chiripa o no, una película con un sabor malsano y con un dominio del suspense en algunos momentos ejemplar, sirva como ejemplo el clímax final con el asesino causando el terror en la residencia de enfermeras, todo un personaje que casi llega a quitarle la gloria al gran Bronson, que, inigualable como era, pone en solfa su personal interpretación de la justicia basada en una mezcla entre la ley del Talión y el *mein kampf*, que haría palidecer al mismísimo Hobbes, para acabar con el crimen. Cómo te echamos de menos, Charles.

Italia no podía dejar de lado su aportación al género en cuestión, y dejando de lado los giallos se puede decir que aportaron la más nauseabunda muestra del género: **Gomia, terror en el mar Egeo** de Joe D'Amato, una película plomiza como ella sola donde un caníbal hace lo que os podéis imaginar con unos cuantos turistas en una isla griega. La película es guarra guarrísima y el caníbal, interpretado por ese puñetazo en el estómago al cine que responde al nombre de George Eastman (expediente impecable el suyo: Lamberto Bava, D'Amato, "el hombre rata" y demás perlas) que debía ir más ciego que el diablo durante el rodaje, es el dueño absoluto de la función gracias a sus delicatessen, que incluyen degustación de feto, yugular y de postre digestión de sus propios intestinos. Merecida fama la de esta película, mala de solemnidad pero bestia hasta niveles insospechados.

Las variantes dentro de nuestra criatura son muchas, desde fieras corruptas que hermanan el *slasher* con las *monster movie* caso de **Grizzlie**, **Razorback** o una de un bigfoot muy sangrienta que recuerdo haber visto de madrugada en antena 3 y que no he conseguido averiguar su título, pasando por entes sobrenaturales como en **La lámpara** o por auténticos freaks pasados de rosca, como el de **Luther the geek**, película que mi madre me borró (de nuevo aquellas gloriosas madrugadas de antena 3) y en la que un maníaco con dentadura de acero se montaba unas jornadas de degustación a base de una familia, o la seminal **¿dónde te escondes, hermano?** (*basket case*, de Frank Henneletter), que debería ser obligatoria en las guarderías y en las escuelas de cine, para enseñar a muchos cretinos como hacer cine con cuatro duros, integridad y mucho talento.

El revival

Con el cambio de década no sólo el *slasher*, sino el cine fantástico en general entró en un periodo de crisis donde el mercado del video sufrió un bajón considerable respecto a su boom en los ochenta y donde los estrenos en cine eran pocos y bastante desafortunados. Aún así en la transición entre el videoclub de barrio de toda la vida (snif) y las cadenas tipo Intercast pudimos ver cosas como la disfrutable y muy gore **Dr. Giggles** (dirigida por Manny Coto en 1992), con Larry Drake haciendo de cirujano loco o la también ambientada en ambientes médicos y de atractivo título **Exquisitas ternuras: doctor muerte** esta vez con Malcolm McDowell en la piel del galeno chiflado (¿he escuchado encasillamiento?).

Ahora llega el momento de una mayores polémicas que entre los aficionados al género se han dado en los últimos años, y todo nace cuando un guión de un tal Kevin Williamson cae en manos de Wes Craven (personaje por el que siento una irracional simpatía) y rueda una película de asesino misterioso e implacable que masacra adolescentes, de las de toda la vida, con mucho humor autoreferencial y que tras varios títulos acaba siendo estrenada con el de **Scream**. Lo que vino luego ni los responsables de la película aún se lo deben de creer. Como fenómeno de tales características (y no me paro a explicar de que va **Scream** porque todo el mundo la debe haber visto ya) las voces de los puristas se alzaron contra una película que no era más que una vuelta a los orígenes del *slasher* adaptada a los nuevos tiempos (léase menos violencia de la esperada y menos sexo) que no aporta nada y con una pinta considerable de producto de consumo pop. No quitaré peso a esta postura, pero para mi **Scream** es, dentro de la chorrada superflúa que en realidad es (pero bueno, muchas lo son) una fiesta para el aficionado perpetrada por dos elementos (Craven y Williamson) fans del género (porque, y a mi que no me jodan, Craven lleva más de veinte años contra viento

y marea, a las duras ya las maduras haciendo cine de género, bueno o malo) que se ríen un poco de ellos mismos, del género y de sus aficionados, y que acaban pariendo una película muy divertida, sin pretensiones y a la que aún podemos estar dando gracias porque resucitó un panorama que estaba muerto, y que aunque ha generado una fiebre y una moda apesetosa que nos ha plagado de infames productos, mucho ojo con cual sería la situación del mundillo sin ella, porque su repercusión a todos los niveles ha sido indudable. A **Scream** le siguen dos secuelas, ambas dirigidas también por Craven, tan efectivas y disfrutables como la primera, y donde la saga se monta su propio mundillo y se mira el ombligo de forma nada artificiosa para jugar con ella misma y configurar una trilogía ideal para que la gente ajena al fantástico se adentre en el mundillo y para que el aficionado de toda la vida pase, si sabe dejar de lado los prejuicios, ratos muy entrañables.

Por descontado el abrumador éxito de **Scream** dio paso, como ya he comentado, a un aluvión de películas de la misma catadura pero sin su ingenio, como la simpática **Sé lo que hicisteis el último verano** y su penosa secuela, o la entretenida **leyenda urbana**, que también sufrió (nunca mejor dicho) una secuela. Por desgracia la mayoría de productos post-Scream, no han sido nada más que eso, productos, encaminados a un público joven al que tratan como gilipollas (a decir verdad no se van muy allá) que cuentan con los actores jóvenes y guapos de moda y la música que más pega en la Mtv, véase, por ejemplo, patochadas del calibre de **Un San Valentín de muerte**. Sin ir más lejos, una vuelta por el videoclub más cercano nos deja ver un sinfín de películas *direct-to-video* del palo slasher (como en los 80, vaya): **el asesino de Lover Lane, el asesino del hacha, Kolobos, Shredder** (ojito a esta, dónde a una chica le cosen una herida... con piercings!!!), **¿quieres que te cuente un secreto?...**

¿slashers españoles?

Pues sí, como apéndice del imperio yanqui que somos la fiebre del slasher también traspaso nuestras fronteras, y me viene al pelo la referencia a yanquilandia pues, al igual que hicieron los italianos, hubo determinados directores que para conseguir vender fuera sus películas las rodaron en inglés, con ambientación en los USA y utilizando seudónimos para disimular su nacionalidad. El ejemplo paradigmático de lo dicho lo encontramos con **Mil gritos tiene la noche**, de Juan Piquer Simón, una descarada explotación del esquema **Viernes 13** que, aparte del éxito que por lo visto tuvo en ese momento (servidor aún llevaba pañales y no lo puede constatar), se ha ganado el corazoncito de los aficionados por su desvergüenza y por los ríos de sangre que corren por su metraje, donde el psicópata de turno la lía parda en una universidad americana. Metemos en el mismo saco, más que nada cronológicamente, a **Al filo del hacha**, del inefable Jose Ramón Larraz, y que junto a la peli de mi paisano Simón, la verdad, no tienen nada que envidiar a cualquier producción de similar catadura (o sea, bajo presupuesto) que hacían los americanos en su momento; otra cosa es que el nivel general fuera tirando a bajo.

Como es de lógica, si en el momento de éxtasis originario se realizaron producciones de género, con la segunda oleada generada por **Scream** ocurrió lo mismo, sirva como ejemplo, pero sólo paradigmático, **El arte de morir**, horrenda producción dirigida por Álvaro Fernández Armero que imita con muy poca fortuna al ya clásico de Wes Craven: hasta la portada es una mala mimesis. A Armero, de quién no pondré en duda su competencia dedicándose a otros géneros, le debió asaltar una enorme desgana rodando la película que se contagia al espectador, mención aparte de que los actores están especialmente mal (los

niños bonitos del cine español) y la trama es ridícula, dando como resultado un bodrio como una catedral. Infumable. Algo más apañada es **Tuno negro**, con vocación de no pasar de ser una peli cachonda, y con la gracia de acentuar su toque cañí españolazo al ambientarla en la tuna, y que pese a tener algunas escenas muy torpes permite no aburrirse viéndola por su total falta de pretensiones y por ofrecer la sangre y el sexo que las producciones americanas al uso ignoran hoy en día. Del mismo modo no hay manera de defender **School Killer** lamentable slasher pseudojuvenil a mayor (o menor, quién sabe) gloria de Paul Naschy, que se dedica a masacrar a unos jóvenes tontainas que acampan en un antiguo instituto abandonado del que el fantasmagórico Naschy es guarda. Abominable es poco para definirla, con diálogos y situaciones forzadas y ortopédicas.

Los *slashers* seguirán ahí. El cine sigue siendo un exorcismo de aquello que nos asusta y nos fascina por igual, y a lo que por obra y gracia de la magia de este arte podremos enfrentarnos y hasta disfrutarlo. Escuchar un ruido en medio de la oscuridad de tu casa estando solo o ver una figura en cualquier noche de canalleo en cualquier lugar apartado son patrimonio de los miedos más cínicos de nuestra naturaleza, el miedo a la muerte y el miedo a nosotros mismos, porque sabemos de lo que somos capaces, y estas películas están ahí para recordárnoslo y en la gran mayoría de los casos darles la vuelta a nuestros temores para pasar grandes momentos con nuestros fantasmas y con ese asesino despiadado e implacable que, cuchillo, sierra o hacha en mano, todos llevamos dentro por naturaleza.

Texto: Paco Latorre